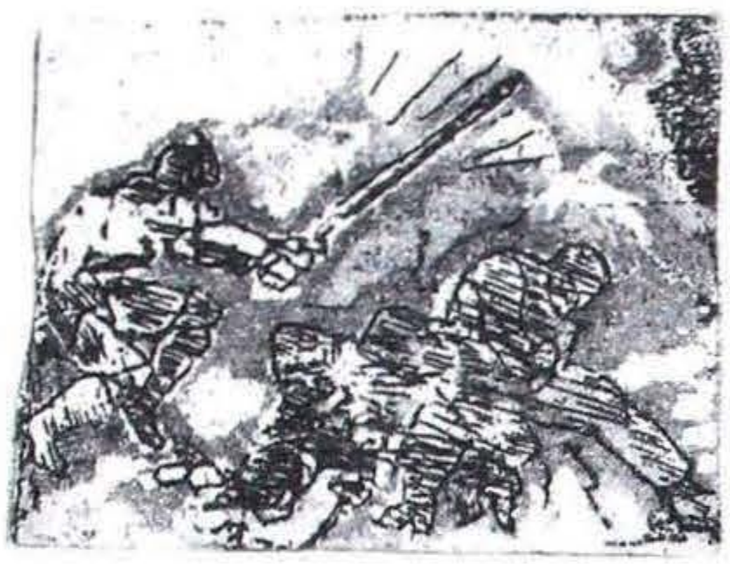

Ejercicio de la nostalgia

Para antes del olvido
Tomás González
Editorial Plaza y Janés, Bogotá, 1987.

Escribir novelas en Antioquia casi siempre ha sido un ejercicio de la nostalgia. Los grandes narradores antioqueños, desde Carrasquilla hasta Mejía Vallejo, han anhelado una Antioquia tradicional y han lamentado la pérdida de los valores humanos que pertenecen, aparentemente, a un pasado ya lejano, premoderno. Al mismo tiempo que Antioquia ha sido una de las regiones más progresivas del País —por ejemplo, en la industrialización y en su tradición igualitaria—, también ha resistido y hasta ha resentido el cambio. En este contexto se inserta *Para antes del olvido*, del joven novelista antioqueño Tomás González (1950), ganador del quinto premio nacional de novela Plaza y Janés (1987). Además de ser otro ejercicio en la nostalgia, esta novela ofrece una curiosa síntesis de lo tradicional y lo moderno que a veces vislumbramos en Carrasquilla pero que salta a la vista en Mejía Vallejo.

Tomás González ya había publicado su primera novela. *Primero estaba el mar*, en 1983. Escrita en un estilo sencillo y directo, sin pretensiones ambiciosas, esta obra cuenta de forma lineal las aventuras y el afán de independencia de una joven pareja antioqueña. La trama y los temas son íntimamente paisas y hasta recuerda a veces las novelas de José Restrepo Jaramillo, *David, hijo de Palestina y Ventarrón*. Durante el decenio del ochenta el autor ha estado trabajando y escribiendo en Miami y Nueva York, cumpliendo así con el estereotipo del antioqueño aventurero (estereotipo también presente en sus propias novelas).

Para antes del olvido representa un paso adelante en la obra de González. Se estrena una estructura más ambiciosa, que consta de unos 43 segmentos narrativos, fechados desde 1913 hasta 1978, y que ocupan numerosos espacios, pero principalmente Envigado y Bogotá. Cuentan la historia de un muchacho llamado Alfonso que deja su novia, Josefina, en Envigado para ir a Bogotá y luego a Europa. González promete al lector una trama interesante desde el principio: en el cuarto segmento (Río Magdalena, buque Eloísa, 1913), la directora de una farándula española seduce al joven Alfonso mientras remontan el Magdalena. Pero esta novela no es realmente de muchas seducciones visibles sino de la exploración de una unión nunca consumada: la de Josefina con Alfonso. En este sentido resulta ser la clásica historia de la mujer fiel que espera indefinidamente al hombre que nunca regresa. Josefina, efectivamente, logra el estatus de heroína casi mítica (que nunca se casa), mientras Alfonso experimenta la vida literaria bogotana, la Europa bélica y varios amores. Esta descripción de la estructura y la trama posiblemente sugieren un libro de difícil lectura, pero el caso es del todo al contrario: se trata de una novela bien armada cuyo desenvolvimiento en sí, como en las primeras novelas de Vargas Llosa, representa ese placer estético que Wayne Booth ha llamado "the pleasure of seeing a pattern unfold".

Se evoca en esta novela una Colombia de principios de este siglo, que estrena los pasos infantiles de modernidad. También se recuerdan los antiguos valores antioqueños, articulados por Alfonso: "—En cada uno de los mojones que señalan los kilómetros en el ferrocarril de Antioquia deberían levantarse monumentos alegóricos a la lucha, al triunfo y al honor para recordar a las debilitadas generaciones que supieron engrandecer la raza en el trabajo" (pág. 20). Inevitablemente, el narrador agrega sus notas de índole nostálgica: "Con los aguardientes León parecía cada vez más propenso a hablar de asuntos en los que estaba latente la tristeza por la implacable erosión del pasado" (pág. 216). Por lo tanto, *Pero antes del olvido* es una ficción construida para leer antes del olvido de esa Antioquia tradicional de principios del siglo. Es un trabajo de rescate.

Es frecuente que las novelas incorporen a la ficción a un escritor o a un lector ideal como personaje dentro del mismo texto, y *Para antes del olvido* no constituye una excepción. En este contexto, un personaje de cierto interés es León, especie de álter ego del mismo escritor, Tomás González. León se interesa en Josefina y Alfonso y, además, provee un segundo nivel textual, escribiendo dentro del texto casi una historia idéntica a la que construye Tomás González: "Era una casa grande —escribirá León— que quedaba a cuatro cuadras de la plaza del mercado" (pág. 26). Para el final de la novela, León habrá escrito unas mil páginas; funciona como investigador, pero su arma principal de historiador es la intuición y la imaginación. León, como Tomás González, sigue una propuesta de Carlos Fuentes: hay que recordar el futuro e imaginar el pasado. En la última página León se encuentra escribiendo, de modo que la metáfora final de la novela es la escritura misma.

El lenguaje es calculado y cuidado. Se emplean descripciones tradicionales de las escenas, sin innovaciones lingüísticas, pero tampoco con excesos. La única desventaja del uso de los 43 fragmentos breves es que raras veces pueden profundirse; la novela en su conjunto, no obstante, logra niveles de significado que superan cualquier fragmento aislado.

Es bien posible que *Para antes del olvido* sea la mejor novela hasta ahora laureada en lo que va de los cinco premios que ha otorgado la Editorial Plaza y Janés. Encontrar y seleccionar una obra de mérito literario que también sea accesible al pú-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

blico (es decir, de valor comercial) no ha sido siempre posible o factible. Esta novela, por cierto una buena lectura, puede figurar entre las pocas del premio que hayan podido responder a ese criterio doble.

RAYMOND L. WILLIAMS

A través de la literatura latinoamericana

Letras de esta América
J. G. Cobo Borda
Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.

Letras de esta América es el cuarto libro de ensayos de J. G. Cobo Borda. Lo precedieron *La alegría de leer* (1976), *La tradición de la pobreza* (1980) y *La otra literatura latinoamericana* (1982). Son libros que confirman su vocación latinoamericanista, pues todos ellos —con algunos desvíos insignificantes— están dedicados al estudio de nuestra literatura, que el autor aprecia como una unidad cuyos movimientos se comunican a lo largo de todos sus países. Es una de las enseñanzas de Pedro Henríquez Ureña, quien agregó que a la literatura *de esta América* se la debía estudiar en su entronque con la europea. Una posición compartida por otras grandes figuras latinoamericanas como Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges y Octavio Paz, quienes han sabido situarse en el universo de la cultura occidental para apreciar lo propio, lo que es latinoamericano. Los ensayos que comentamos, por el contrario, realizan un aislamiento dejando la sensación de que nuestra literatura es endogámica, que no tiene raíces sino en su propio suelo.

Cobo Borda no pretende ser más que un lector que expresa su opinión sobre libros y autores, libre de las ataduras impuestas por los métodos universitarios. "Lector apenas, he querido dejar constancia de mis entusiasmos y de mis perplejidades". Pero aunque quiere tomar distancia de las maneras de escribir del mundo académico, no puede evitar algunos de sus vicios, como el constante recurso a las citas, en ocasiones innecesarias. La escritura académica tiene también sus virtudes, y una de ellas es el rigor, la exigencia de demostrarlo todo o con el dato o con el argumento. De no dejar juicio u opinión sin sustentar. Naturalmente, no creemos que sea ésta la única forma correcta de expresar un pensamiento. E indudablemente Cobo Borda sigue otro camino, el que le ofrece el placer de la lectura. El resultado son finas observaciones, dichas casi siempre de paso, sin detenerse en su justificación.

Con excepción del primer ensayo, todos los demás que conforman *Letras de esta América* se ocupan de la literatura del siglo XX. El libro está dividido en tres partes. La primera agrupa los trabajos más generales, como el dedicado al modernismo, y los que versan sobre la poesía latinoamericana del siglo XX y sobre la poesía argentina. Abre esa primera sección el hermoso ensayo acerca de Gonzalo Fernández de Oviedo y su visión —un tanto fantasmagórica— de América. Es un texto en el que se expresa la voluntad de lectura hedónica que domina todo el volumen. El artículo sobre el modernismo no entusiasma tanto: es el ensamblaje de tres extensas reseñas sobre libros recientes dedicados a este movimiento poético, en el que se echa de menos una estructura que organice en una unidad las diferentes ideas que en él se exponen, y sobre todo el análisis de las relaciones del modernismo con la literatura europea. Una información de primera mano, lograda en la comunicación permanente del autor con los escritores latinoamericanos, les concede una importancia especial a los otros dos artículos de esta primera parte. El que versa sobre la poesía latinoamericana de este siglo, aunque de escritura fragmentaria, ofrece un panorama, que nos atrevemos a considerar inédito hasta ahora, de nuestra creación poética, señalando en algunos casos tradiciones internas de esa creación. Igualmente interesante por sus juicios y los informes que ofrece es el que se ocupa de la poesía argentina.

En los textos que reúne en la segunda parte hay un cambio de tono. Son ensayos más personales, que llegan en algunos momentos a la intimidad. Se refieren a escritores que Cobo Borda ha tratado personalmente: y ese trato es el que provee a estos textos de su estilo característico. Son indudablemente los mejor logrados del volumen. Y aunque en algunos casos, como en los artículos dedicados a Octavio Paz y Gabriel García Márquez, el análisis que nos ofrece tiene tras de sí un minucioso examen de la obra de ambos escritores, no pierden por ello el tono personal que identifica a los ensayos de esta sección. Ambos son trabajos de arqueología, en los que se busca penetrar en las capas más profundas de las obras estudiadas. Menos ambicioso pero igualmente penetrante es el que versa sobre Juan Rulfo. Los tres tienen como propósito —muy "académico" por lo demás— explicar la compleja obra de aquellos escritores latinoamericanos. Pero es en ensayos como los dedicados a Angel Rama y Marta Traba donde el escritor colombiano logra mantener sin desafinamientos su tono personal. Los otros pueden aportar más información, más análisis incluso; estos se leen, en cambio, con mayor fruición estética, con mayor gusto por el ritmo.

Cierra el volumen una serie de notas sobre libros latinoamericanos publicados en 1981 —una cosecha memorable—. Son agudas anotaciones

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.